



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La utopía del regreso y la estética de la barbarie (Vasconcelos, Riva Agüero y los nacionalistas argentinos)

Autor: Tur Donatti, Carlos M.

Forma sugerida de citar: Tur, C. M. (1999). La utopía del regreso y la estética de la barbarie (Vasconcelos, Riva Agüero y los nacionalistas argentinos). *Cuadernos Americanos*, 5(77), 167-176.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIII, Núm. 77, (septiembre-octubre de 1999).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

La utopía del regreso y la estética de la barbarie (Vasconcelos, Riva Agüero y los nacionalistas argentinos)

Por *Carlos M. TUR DONATTI*

Instituto Nacional de Antropología e Historia, México

EN EL PANORAMA CULTURAL de América Latina en el siglo XX destacan algunos intelectuales de gran personalidad a los que emparenta una visión del pasado que idealizan y proyectan hacia los tiempos venideros, una militante definición política reaccionaria y una inclinación romántico-arcaizante en los ámbitos del arte.

La vasta producción de estos escritores y artistas ha conformado el universo simbólico del nacionalismo restaurador, hispanista y católico, que confrontó al nacionalismo indigenista con particular virulencia entre 1930 y 1950, y cuyos ecos percibimos aún hoy en textos, museos, plazas públicas, algún documento político. Que este antagonismo ideológico cultural no ha desaparecido de las conciencias lo demuestra la vigorosa polémica sostenida en torno a 1992 sobre la significación de la invasión europea a América. Una lectura atenta de los textos del momento ponía en evidencia las premisas básicas de ambas concepciones, que cimentan aún hoy opuestas maneras de concebir nuestra historia e identidades.

Entre los intelectuales mencionados destacaron particularmente el mexicano José Vasconcelos y el limeño José de la Riva Agüero, quienes desde 1916 trabaron una larga relación de amistad e ideas compartidas. Siendo figuras altamente representativas de dos regiones históricas importantes y disímiles, queremos rastrear en sus biografías algunas de las motivaciones de sus definiciones nacionalistas, sus cambiantes identidades, y las relaciones simbólicas entre los nacionalismos restaurador y populista.

José Vasconcelos fue sin duda la personalidad más compleja y vital, y en su biografía se pueden rastrear más etapas que las dos estereotipadas con que generalmente se lo identifica: el intelectual revolucionario, secretario de Educación del gobierno de Álvaro

Obregón, y el crítico feroz y resentido de los regímenes posteriores desde su nacionalismo cada vez más derechista y fascizante.

José de la Riva Agüero fue en la primera etapa de su vida un escritor creativo y un reconocido integrante de la aristocrática generación arielista de 1905, pero también el frustrado político en los años agónicos de la república oligárquica peruana. En el exilio europeo, durante la década de 1920, deriva hacia el inmovilismo intelectual, la adhesión a la Iglesia católica y al fascismo italiano. Entre los años 1930 y 1940 se convirtió en un fervoroso evocador del virreinato habsbúrgico y en el jefe intelectual del nacionalismo conservador e hispanista en el Perú.

En ambas trayectorias vitales encontramos notorios contrastes y coincidencias, y un común destino de fracaso político. Esta frustración es muy notoria porque de ambos personajes se dijo en algún momento que habrían podido ser presidentes de lujo de sus respectivos países. Comenzaron carreras, por otro lado, como intelectuales destacados en los años postreros de las repúblicas oligárquicas, y en 1916 llegaron a conocerse en Lima, en uno de los exilios del mexicano.

En esta década en que son desplazadas las oligarquías fundadoras, en México por la insurrección y en Argentina por las urnas, y comienzan a surgir en los territorios simbólicos las expresiones precursoras de los nacionalismos, Vasconcelos, norteño e hijo de un hogar de clase media porfiriana, identificado con el maderismo y el frustrado gobierno de la Convención, y Riva Agüero, descendiente de conquistadores españoles y millonario por herencia, se encuentran e inician una amistad que se prolongará hasta la muerte del limeño.

¿Qué los acerca, aparte de su común oficio de escritores, en esta etapa de sus vidas? Vasconcelos da su versión en el capítulo "Mi amigo el marqués" de su autobiográfico tomo *La tormenta*, y resulta sugestivo comprobar cómo el intelectual mexicano, identificado con la Revolución aunque opositor a Carranza, se burla del ceremonial aristocrático del poder limeño y critica al gamonalismo andino.¹ Se molesta ante la sensibilidad de casta de los ricachos limeños² y pone por ejemplo a la Argentina de las clases medias yrigoyenistas. Para el pensamiento del mexicano, los sectores

¹ José Vasconcelos, *Memorias I. Ulises criollo. La tormenta*, México, FCE, 1984, pp. 772-773.

² *Ibid.*, p. 774.

mesocráticos serán la clave del futuro poderío argentino, “cuando pierdan el miedo de sacudirse el bolchevismo de judíos y equivocados”.³

Su anfitrión limeño intentaba en 1916 renovar la política oligárquica, en opinión de Vasconcelos, con un partido “de mesas directivas impecables, pero sin afiliados”.⁴ En la visión convencional —producto de un artículo de Jorge Basadre, publicado en 1945— sería ésta la etapa “liberal” de Riva Agüero.

El mexicano no se deja engañar por esta adhesión superficial, y apunta: “Me paseaba por su Lima al atardecer, mostrándome los rincones añosos, iniciándome en el gusto del pasado, de que yo carecía por completo en aquella época aturrida”.⁵ El amor por la Colonia se complementaba en el aristócrata limeño con la admiración por el Estado incaico, basado en el despotismo y en la obediencia ciega, “sin rebeldías a la Revolución Francesa”. A lo que el mexicano responde, con sagaz penetración: “Ya sé lo que a usted le interesa de la arqueología incaica: el Estado bien ordenado ¡conservador empedernido!”.⁶

Estos testimonios resultan decisivos para aventar la tesis de los cambios ideológicos de Riva Agüero, cuando en todas las etapas de su vida fue un señorón limeño, cuyo nivel ideológico más profundo se mantuvo inalterable, aunque combinándose en su juventud con las ideas aprendidas de una educación a la francesa;⁷ y, a partir de 1930, dicho nivel emerge en la evocación romántica de la Arcadia colonial y en la esperanza de que el catolicismo ultramontano sirviera de gendarme espiritual al servicio del civilmilitarismo.⁸

En los años posteriores a la Gran Guerra europea, en América Latina estallan los nacionalismos en el campo simbólico, y los cambios políticos en México y Perú catapultan a Vasconcelos al poder y a Riva Agüero al exilio. El mexicano inicia “los años del águila”, al decir de un biógrafo reciente,⁹ e inaugura con originalidad y energía una política cultural y educativa precursora al servi-

³ *Ibid.*, p. 776.

⁴ *Ibid.*, p. 777.

⁵ *Ibid.*, p. 772.

⁶ *Ibid.*, p. 782.

⁷ Luis Alberto Sánchez, *Conservador, no: reaccionario, sí: notas sobre la vida, obra y proyecciones de don José de la Riva Agüero, Marqués de Montealegre y Aulestia (26-II-1885-25-VI-1944), seguidas de su correspondencia con el autor*, Lima, Marea Azul, 1985, p. 11.

⁸ Aníbal Ismodes, ex profesor de la Pontificia Universidad Católica del Perú, entrevistado en 1987.

cio del primer presidente sonoreño, Álvaro Obregón. En los mismos años Riva Agüero asiste a la agonía de la República Aristocrática y al ascenso de Augusto B. Leguía al poder limeño. No puede soportar la orientación democratizante de los primeros años del Oncenio y se exilia en Europa.¹⁰ Reside alternativamente en Madrid y Roma, las capitales de la hispanidad, del catolicismo y de la inédita experiencia fascista. En estos años, según el historiador Pablo Macera, deja de pensar para refugiarse en la evocación del pasado y perfilar su nacionalismo de reacción.¹¹ El Perú, para Riva Agüero, fue fundado por el conquistador Francisco Pizarro y tuvo su momento imperial en el siglo XVII.¹² Esta recreación le permite imaginar una utopía de orden, jerarquía y autoridad, cuya representación puede resultar *aleccionadora* para los tiempos por venir en el país. Consecuente con esta actitud de poner el pasado como horizonte paradigmático, reingresa a la Iglesia católica y reclama a la Corona española el reconocimiento del marquesado familiar de Montealegre de Aulestia.¹³ Riva Agüero resulta entonces uno de los intelectuales fundadores en América Latina del nacionalismo restaurador, de inclinación romántica, fervorosamente hispanista y católico.

José Vasconcelos, al contrario, como intelectual proveniente de los sectores medios del porfiriato, ve su oportunidad de ascenso político y construcción de una nueva cultura nacionalista, con la insurrección de los generales norteños contra el intento continuista de Venustiano Carranza.

La política de los sonoreños, de concesiones menores a las masas movilizadas y derrotadas durante la lucha armada, mientras se mantenía lo fundamental de la estructura económico-social del antiguo régimen, tuvo en Vasconcelos su artífice más imaginativo. Las iniciativas alfabetizadoras y culturales del secretario de Educación Pública pusieron las bases y marcaron el rumbo de las políticas de los regímenes posteriores. Pero su lectura ideológica hoy resulta mucho más ambigua de lo que predica una versión nacional-

⁹ Claude Fell, *José Vasconcelos: los años del águila (1920-1925)*, México, UNAM, 1989.

¹⁰ Manuel Burga y Alberto Flores Galindo, *Apogeo y crisis de la república aristocrática*, Lima, Rikchay Perú, 1987, p. 129.

¹¹ Pablo Macera, "La historia del Perú: ciencia e ideología", *Amaru. Revista de artes y ciencias* (Lima, Universidad Nacional de Ingeniería), núm. 6 (abril-junio de 1968), pp. 90-94.

¹² *Ibid.*, p. 7.

¹³ Sánchez, *Conservador*, no, p. 51.

estatista, que ha sido aceptada y difundida incluso por conocidos intelectuales de izquierda.¹⁴

Los intelectuales provenientes del Ateneo, con contadísimas excepciones, Vasconcelos la más notoria, apoyaron el intento restauracionista de Victoriano Huerta, y se hubieran sentido interpretados por Artemio del Valle Arizpe, cuando declaró muchos años más tarde: “El colonialismo para mí fue una sustitución. Vivíamos los años tremendos, desastrosos de la revolución. Como era imposible conseguir la tranquilidad con los ojos puestos en el hoy, le di la espalda al presente y me instalé en los siglos de la Colonia. Fue indudablemente un acto evasivo”.¹⁵

Las tendencias indigenistas no encontraban los creadores que posteriormente le darían fuerza, y apenas despertaban. El indigenismo de Manuel Gamio, por ejemplo, estaba claramente orientado a una finalidad contrainsurgente propia del carrancismo de veleidades restauradoras, y su orientación era decididamente asimilacionista. Había que forjar la patria, la patria criolla y mestiza que hablara castellano, borrando las diferencias étnicas y regionales.

En esta coyuntura simbólica y política, en que eclosionaban confusamente los nacionalismos y había que definir una línea educativa y cultural para las masas, Vasconcelos apoya tanto a los arquitectos colonialistas¹⁶ como a los plásticos indigenistas. En la tarea editorial elige publicar en grandes tiradas los clásicos de la tradición grecorromana y europea moderna. Se trataba entonces de volcar la cultura por antonomasia desde arriba a las masas, a las que ya no se ignoraba pero tampoco se las consultaba. Cuando se fomentaban, en un ejemplo más, las artesanías populares, las preferencias se inclinaban por las de antecedentes coloniales.¹⁷

La “raza cósmica” sería producto del mestizaje, pero en el que predominarían los contenidos hispánicos. Era ésta una versión criolla del mestizaje, en la que los elementos indígenas quedaban subordinados, aunque siempre invocados de forma retórica.

A pesar de que Vasconcelos pone como paradigmas de su acción educativa a Quetzalcóatl y a los misioneros españoles, su iden-

¹⁴ Jean Franco, *La cultura moderna en América Latina*, México, Grijalbo, 1983, pp. 89ss.

¹⁵ Emmanuel Carballo, *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo xx*, México, Empresas Editoriales, 1965, p. 159.

¹⁶ José Vasconcelos, *Memorias II El desastre. El proconsulado*, México, FCE, 1982, pp. 24 y 177.

¹⁷ *Ibid.*, p. 208.

tificación con el argentino Domingo Faustino Sarmiento,¹⁸ delata la continuidad del proyecto liberal criollo de fundir en una nación homogénea las numerosas y disímiles etnias que poblaban el territorio mexicano. Además, su concepción eurocéntrica de la cultura y la admiración por la conquista espiritual española sugieren que nuestro Ulises criollo sentía una identificación mayor y de nivel más profundo con su amigo limeño que lo que una lectura apresurada podría mostrar. Al fin, eran dos criollos, aunque de muy distinto linaje familiar y nivel social, que por herencia y talento o por esfuerzo propio, creatividad y audacia, integraban las élites de la cultura y del poder, muy alejadas de las masas indígenas e indígenas que formaban la población mayoritaria de sus países.

Esta afinidad profunda, que se confunde con la mentalidad criolla dominante de centenarias raíces coloniales, y el despecho derivado de sus derrotas políticas, llevaron a Vasconcelos, a partir de los años de la década de 1930, a representar la segunda imagen con que lo identifica la opinión convencional: la del nacionalista reaccionario, hispanófilo y antiindigenista, apologista de los regímenes fascistas europeos, partidario de Francisco Franco y, después de la segunda Guerra Mundial, el más eficaz propagandista en México del populismo peronista.¹⁹

La dramática crisis generalizada que se abate sobre el mundo en los años treinta agudiza la lucha social y política en toda América Latina. En Perú, un golpe militar pone fin a los once años de gobierno de Augusto B. Leguía, y las masas urbanas, conducidas por el naciente aprismo, disputan a los políticos veteranos que han vuelto del exilio el control del Estado. José de la Riva Agüero queda aterrado por el peligro de la "oclocracia" y se declara partidario de la represión y del fascismo a la italiana.²⁰ Entre fines de 1933 y mediados de 1934 fue primer ministro del presidente general Óscar Benavides y su acción gubernativa estuvo encaminada, según Luis Alberto Sánchez, "a extinguir los movimientos y partidos de tipo progresista o socialista, fuese el APRA, el comunismo, la socialdemocracia o simplemente el romanticismo democrático".²¹ Desplazado del poder en mayo de 1934 por sus propios aliados, se

¹⁸ Fell, *Los años del águila*, p. 611.

¹⁹ José Vasconcelos, *En el ocaso de mi vida*, México, Populibros, 1957, p. 241.

²⁰ Luis Valcárcel, *Memorias*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1981, pp. 328-329.

²¹ Sánchez, *Conservador*, no, p. 75.

convertirá en los últimos diez años de su vida en el más decidido propugnador de una concepción aristocrática, limeñista e hispanófila de la historia peruana.

Refugiado, con su amigo Víctor Andrés Belaúnde, en la Pontificia Universidad Católica del Perú, combatirá al indigenismo y al APRA, y lanzará verdaderas excomuniones tradicionalistas contra “el sangriento experimento mexicano”.²² La interpretación de la historia peruana de estos intelectuales pasará a convertirse en la versión oficial durante las dictaduras de Óscar Benavides y Manuel Prado,²³ hasta prácticamente 1945. Los años negros del civil-militarismo, del restaurado y violento predominio conservador, tuvo en ellos a sus más eficaces gendarmes ideológicos.

Después de su fiasco electoral de 1929, Vasconcelos salió de México y residió en diversos países europeos y de América Latina, además de los Estados Unidos. Desde Argentina, país que admiraba por su *prestancia criolla*,²⁴ pero cuya intelectualidad liberal-cosmopolita le hizo el vacío, escribió a su amigo Riva Agüero, pidiéndole ayuda para insertar artículos en la prensa limeña.

El viraje hacia el nacionalismo restaurador en su versión mexicana se puede rastrear en los cuatro tomos de su autobiografía, que publicó entre 1936 y 1939. En el *Ulises criollo* presenta a sus padres como “criollos puros”,²⁵ y de su progenitor reconoce su calidad de hijo natural pero de “comerciante español acomodado y aun noble de estirpe”.²⁶ Establecida su filiación criolla y nobiliaria, como corresponde al más auténtico mexicano, presenta, en contraste, en una descripción de los valles centrales oaxaqueños, a unos campesinos indígenas que han perdido su humanidad, y quedan confundidos entre el paisaje y los animales domésticos. Escribe Vasconcelos: “Altos ramajes de mameyes y de mangos, tierra colorada, siembras y chozas entre palmares, ovejas y gallinas, guajolotes, indios de blanco”.²⁷

Su percepción del devenir histórico mexicano la presenta en otro contraste iluminador: “los criollos españoles” fueron “los mexicanos de la era fecunda”, los siglos coloniales, pero luego vino “la

²² Carta de Riva Agüero a Ventura García Calderón de septiembre de 1936, en Archivo Riva Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

²³ Macera, “La historia del Perú”.

²⁴ Vasconcelos, *Memorias II*, p. 129.

²⁵ Vasconcelos, *Memorias I*, p. 21.

²⁶ *Ibid.*, p. 140.

²⁷ *Ibid.*, p. 287.

furia destructora [...] la apatía, la ruindad de nuestra herencia sin casta: la época republicana".²⁸ Este maniqueísmo nostálgico condujo a repudiar aspectos cotidianos de la cultura anglosajona y mexicana contemporáneas: el whisky y el tequila eran bebidas de "gente bárbara", que desplazaban al noble vino de orígenes hispánico y mediterráneo,²⁹ en conclusión, producto de una civilización superior. Otra definición bastante más trascendente que la etílica lo condujo en 1940 al seno de la Iglesia católica,³⁰ siguiendo el ejemplo de su amigo limeño, con lo que completa y fundamenta su imagen de criollo viejo, enamorado como Riva Agüero de *una utopía del regreso* a una idealizada época colonial, que debe servir de paradigma para reorganizar nuestras sociedades y sus Estados.

Tanto Vasconcelos, precursor del nacionalismo populista y autor de la teoría mesticista de la "raza cósmica", luego un cruzado contra el bolchevismo y el *american way of life*, como ese aristócrata de la sangre y de la inteligencia que fue Riva Agüero, vivieron su apoteosis reaccionaria durante los primeros años de la segunda Guerra Mundial. Los triunfos políticos y militares del fascismo los convencieron de la caducidad definitiva de la democracia, el liberalismo, el socialismo "y otras frivolidades modernas", para atisbar en el horizonte una nueva Edad Media.³¹

Para 1943 estas ilusiones se hallaban un tanto ajadas por la evolución bélica favorable a los Aliados, pero a partir de junio de dicho año volvieron a florecer para Vasconcelos en Argentina. Sus colegas ideológicos compartían el poder nacional a partir del golpe de Estado que derribó al presidente conservador Ramón S. Castillo, y emprendían una cruzada para imponer el realismo tomista y alejar a la juventud de las "frívolas ideas modernas",³² además de atender otros frentes en la batalla cultural.

Hugo Wast, seudónimo literario de Guillermo Martínez Zubiría, se convirtió en emprendedor ministro del gobierno militar; prolífico novelista y notorio antisemita, abolía el laicismo en la educación pública y restauraba la enseñanza del catolicismo. Consecuente con su ascendencia aristocrática e ínfulas hispanófilas, arremetía

²⁸ *Ibid.*, pp. 288 y 289.

²⁹ *Ibid.*, p. 686.

³⁰ José Joaquín Blanco, *Se llamaba Vasconcelos: una evocación crítica*, México, FCE, 1983, p. 171.

³¹ Cristián Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo: la Argentina en la crisis ideológica mundial (1927 1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, p. 181.

³² *Ibid.*, p. 282.

contra ciertos desmanes lingüísticos de la cultura popular perpetrados en incontenibles letras tangueras.³³ Poseído de un fervor de cruzado para salvar la pureza académica de la lengua embistió contra el habla cotidiana, aunque con relativo éxito, porque el país estragado por las plagas importadas por el liberal Sarmiento —los gorriones, los italianos y las maestras normales, según el escritor restaurador Ignacio B. Anzoátegui—³⁴ había perdido la sensibilidad para paladear las exquisiteces de la ortodoxia quijotesca.

Toda esta política cultural nacionalista, mezcla de medidas arcaizantes y de notorios delirios, quedaría como una expresión pintoresca del dogmatismo restaurador si no fuera porque estos intelectuales dieron la tónica en el campo simbólico durante la década del populismo peronista, entre 1946 y 1955. Novelistas como el mencionado Hugo Wast y Manuel Gálvez, los arquitectos colonialistas, pintores como Cesáreo Bernaldo de Quirós, amén de la notoria influencia de la cultura de la España franquista en publicaciones como la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*,³⁵ llevan a interrogarnos desde el ángulo poco explorado de lo cultural sobre el carácter histórico del populismo peronista. Porque si debemos rastrear la significación profunda de un régimen político o social en la producción simbólica de su época, las conclusiones con respecto a la experiencia argentina son realmente inquietantes.

Si Cesáreo Bernaldo de Quirós, un impresionista arcaico de clara inspiración restauradora, es exaltado en 1954 por un alto funcionario peronista como “el más original de los artistas argentinos vivientes”,³⁶ y entre sus telas evocadoras de la pampa ganadera y sus latifundistas del siglo XIX figura un retrato en grandes dimensiones de un policia rosista que ha degollado a un enemigo político y levanta la cabeza sangrante para mostrarla a los espectadores,³⁷ cabe preguntarse si esa *estética de la barbarie* no corresponde a una variante criolla del fascismo.

José Vasconcelos, quien en reiterados artículos periodísticos defendió al populismo peronista, afirmó en el mismo año de 1954

³³ Carlos M. Tur Donati, “Lenguaje, tango y peronismo”, artículo inédito.

³⁴ Ignacio B. Anzoátegui, *Vidas de muertos*, Buenos Aires, s/f.

³⁵ Ernesto Goldar, “La literatura peronista” en Gonzalo Cárdenas et al., *El peronismo*, Buenos Aires, Carlos Pérez, 1969, pp. 139-186.

³⁶ Ministerio de Educación y Cultura de la Provincia de Santa Fe. Academia Provincial de Cultura, *El pintor Quirós en Santa Fe*, Santa Fe, Argentina, 1954, p. 50.

³⁷ Museo Provincial “Rosa Galisteo de Rodríguez”, en Santa Fe, Argentina.

que las ideas de José Antonio Primo de Rivera estaban tomando cuerpo en el mundo.³⁸ Es lícito entonces preguntarse si estaba pensando en la última y conservadora etapa del populismo argentino y su irradiación latinoamericana. Queda entonces desde el ángulo de lo ideológico-cultural otro interrogante para la investigación y la polémica: ¿cuál era el real carácter histórico de la cultura oficialista y de toda la experiencia social del populismo peronista?

³⁸ José Vasconcelos, *En el ocaso de mi vida*, México, Populibros "La prensa", 1957, p. xvi, de una entrevista que concedió a un periodista español en noviembre de 1954.